

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El picnic del Tío Wiggily

—¡Vamos, Tío Wiggily! ¡Levántate! ¡Arriba! —exclamó la Nana Jane Fuzzy Wuzzy una mañana en la cabaña de troncos huecos—. ¡Vamos!

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Se ha vuelto a incendiar la chimenea? —preguntó el señor conejo, y estaba tan excitado que se deslizó por la barandilla en vez de saltar de escalón en escalón como debería haber hecho.

—¡Claro que no se ha incendiado la chimenea! —rio la Srta. Fuzzy Wuzzy—. Pero hoy es el día del picnic de los niños animales, y has prometido ir con ellos al bosque.

—¡Oh, así es! —exclamó el Tío Wiggily, y se puso una pata en la nariz rosada para detener el centelleo, que comenzó en cuanto se excitó al pensar que la chimenea estaba ardiendo—. Bueno, me alegro que me hayas llamado, Nana Jane. Me prepararé para el picnic en seguida. ¿Qué vas a poner para comer?

—Un poco de pan de zanahoria, galletas de nabo, sándwiches de lechuga, y pastel de nueces —respondió la señora rata almizclera.

—¡Eso suena bien! —rio el Tío Wiggily—. ¡Me alegro mucho de ir al picnic!

—Pues será mejor que te apresures y te prepares —remarcó la Señorita Fuzzy Wuzzy—. Aquí vienen Jackie y Peetie Gua Guau si no vas a empezar pronto.

El Tío Wiggily miró por la ventana de su cabaña de troncos huecos y vio llegar a los dos niños cachorros. Jackie estaba tan excitado que se dio un golpe en la pata y se cayó dos veces, mientras que Peetie estaba tan ansioso por enseñarle al Tío Wiggily lo que había en el paquete del almuerzo que los cachorros iban a llevar al bosque, que Peetie se cayó tres veces y dio una voltereta hacia atrás.

—¡Tío Wiggily! ¡Tío Wiggily! ¿No vienes? —ladró Jackie.

—Date prisa o puede llover y arruinar el picnic —añadió Peetie.

—¡Oh, espero que no! —respondió el señor conejo—.

Porque si hay algo que estropea un picnic es la lluvia. La nieve no es tan mala, porque no hacemos picnic cuando nieva.

—Tal vez no llueva —dijo esperanzada la Nana Jane, que estaba ocupada preparando el almuerzo para el Tío Wiggily—. ¡No hay ni una nube en el cielo!

Y, sin duda, cuando el Tío Wiggily, la Nana Jane y docenas de niños animales partieron hacia el bosque para su picnic, el sol brillaba valientemente desde el cielo azul y no se podía desear un día más encantador. El bosque donde el señor conejo, la Nana Jane y los niños animales fueron de picnic era grande, con muchos árboles y arbustos. Había docenas de sitios para que jugaran las ardillas, los conejos, las cabras, los patos, los perros, los gatitos y otros; y cuando llegaron al bosquecito pusieron sus almuerzos bajo los arbustos, sobre el musgo verde, suave y fresco, y empezaron a divertirse.

—¡Oh, Tío Wiggily! Por favor, haz girar la cuerda de saltar para nosotros —suplicó Ojosbrillantes, la conejita de indias.

—¡Y ven a jugar a la pelota con nosotros! —gruñeron Curly y Floppy Colarretorcida, los niños cerditos.

—Juega a las canicas con nosotros —bromearon Billie Meneacola, la cabra, y Jacko Colanerulada, el mono.

—Jugaré con todos por turnos —rio el señor conejo. Se estaba divirtiendo y estaba royendo un trozo de parra para hacer un columpio para los patos Lulú y Alicia Tembloroso, cuando apareció saltando Bully Sincola, el niño rana. Bully estaba muy emocionado.

—¿Qué te pasa, Bully? — preguntó el Tío Wiggily.

—¡Oh, cro-croc! —croó Bully—. Hay una gran cantidad de niños y niñas al otro lado del estanque. ¡También están de picnic! ¡Cro-croc! ¡Cro-croc!

—¡Niños y niñas reales! —añadió Bawly, el hermano de Bully—.

¡Hump-bump!

—¡Bueno, eso no hará ningún daño! —rio el Tío Wiggily—. Dejemos que los niños y niñas de verdad hagan su picnic. No nos verán, porque muy pocos niños y niñas saben usar los ojos cuando van al bosque. Muchas veces me he escondido junto a un arbusto por donde pasaba un niño y nunca me ha visto. Dejemos que los niños y las niñas hagan su picnic, ¡y nosotros haremos el nuestro!



Y así fue. El Tío Wiggily y los niños animales jugaron a las escondidas, y se deslizaron colina abajo. Tal vez piensen que no podían hacer esto en verano, cuando no había nieve. Pero las colinas del bosque estaban cubiertas de largas y lisas agujas marrones de pino, y estas capas de agujas eran tan resbaladizas que era fácil deslizarse sobre ellas.

Y de repente, justo a la hora de comer, empezó a llover. ¡Oh, qué fuerte caían las gotas! ¡Lluvia! ¡Lluvia! ¡Lluvia! —¡Corran todos a refugiarse! —exclamó la Nana Jane—. ¡Salgan de la lluvia!

Los niños y niñas animales sabían cómo cuidarse en una tormenta, aunque no tuvieran paraguas. La mayoría llevaba pieles o plumas que el agua no daña. Y se acurrucaban bajo árboles y arbustos, buscando cobijo y lugares secos para que, por mucho que lloviera, no se mojaran tanto.

Escondieron sus almuerzos bajo las rocas y los árboles colgantes para que nada se estropeará. Y cuando terminó de llover y salió el sol, como así fue, el picnic de los animales continuó como antes, y cuando se dispuso la comida en troncos planos a modo de mesas, hubo suficiente para todos, y sobró bastante.

La Nana Jane estaba mirando lo que quedaba de las cosas buenas para comer cuando Jackie Gua Guau, que había estado chapoteando con Peetie en un charco de barro, se acercó corriendo moviendo el rabo.

—Oh, Tío Wiggily —ladró Jackie—, ¿qué te parece? Esos niños de verdad, al otro lado del bosque, tenían sus cosas para comer afuera, sobre unos troncos como

mesas, igual que nosotros, y cuando llegó la lluvia, ¡oh, lo estropeó todo!

—No saben cómo mantener secos sus almuerzos —añadió Peetie—. Ahora no tienen nada que comer para su picnic, y están volviendo a casa, y algunas de las niñas están llorando.

—¡Qué lástima! —murmuró el Tío Wiggily amablemente—. Lástima que la lluvia les haya estropeado el picnic. Ahora nos quedan muchas cosas que los niños podrían comer: nueces, manzanas, algunas palomitas de maíz y peras. Nos sobran muchas cosas —pues los animales habían traído con ellos al bosque todo esto y mucho más.

—Podríamos darles algo de comer —dijo la Nana Jane—. Pero, ¿cómo vamos a dárselo? No podemos llamarlos aquí; y no sería bueno que nos vieran llevándoles cosas. —No —coincidió el Tío Wiggily—. Pero creo que tengo un plan. Podemos hacer unas cestas de corteza de abedul. Algunos de los niños animales, como Jacko y Jumbo Colaenrolada, los monos, Joie y Tommie Gato, Johnnie y Billie Colapeluda, las ardillas, son buenos trepadores de árboles. Que se suban a los árboles cerca de donde los niños de verdad están haciendo su picnic, y les bajen, en cuerdas de parra, la comida que nos queda.

—¡Oh, sí! —maulló Tommie, el gatito—. ¡Qué divertido! Rápidamente, la Nana Jane empezó a recoger la comida. El Tío Wiggily la puso en cestas de corteza de abedul que hicieron los niños animales y luego, con las cestas, sujetas a lianas, en sus patas o garras, los niños animales atravesaron el bosque hasta el lugar del otro

picnic. El Tío Wiggily y los demás niños animales los siguieron.

Allí estaban los pobres y decepcionados niños reales, mirando sus almuerzos empapados por la lluvia y estropeados. Algunas de las niñas lloraban.

—Será mejor que nos vayamos a casa —refunfuñó un niño—. Nuestro picnic no sirve para nada.

—¡Lluvia malvada! —suspiró una niña.

Pero justo en ese momento, los animales con el almuerzo del picnic del Tío Wiggily (un almuerzo al que no le había llovido) treparon a los árboles por encima de las cabezas de los niños y las niñas. Los animales no hicieron el menor ruido. Y cuando los niños y niñas de verdad les dieron la espalda, bajaron a las mesas de tronco suficientes cosas buenas para un alegre festín: manzanas, peras, palomitas de maíz, nueces y muchas otras delicias.

Por casualidad, una niña se dio la vuelta y vio las cestas de corteza de abedul llenas de manjares, justo cuando los niños animales se escabullían entre los árboles.

—¡Oh, miren! —exclamó la niña—. ¡Las hadas han estado aquí! Nos han dejado un almuerzo en lugar del nuestro que la lluvia echó a perder. ¡Miren el almuerzo de las hadas!

Y supongo que ese es un nombre tan bueno como cualquier otro, ya que los niños y las niñas no vieron a los amigos del Tío Wiggily bajar las cestas de los árboles. Y los niños y niñas de verdad se comieron el almuerzo y se lo pasaron muy bien, al igual que el señor conejito y su grupo de picnic.